
GUERRA DE REFORMA.

INTRODUCCIÓN.

I

HAMOS á intentar describir, aunque á grandes rasgos, uno de los acontecimientos más importantes de nuestra historia contemporánea, conocido con el nombre de "Guerra de Reforma."

Ese período de tres años que abraza una época comprendida desde Diciembre de 857, fecha del memorable Golpe de Estado que dió Comonfort, hasta la inolvidable victoria de Calpulálpam en Diciembre de 1860, es fecundo en enseñanzas y rico en sus resultados, pues en virtud de unas y otros México se emancipó de la tutela que ejercían sobre él las clases llamadas privilegiadas, especialmente el Clero, y pudo, en razón de ese triunfo, entrar desde luego al goce de los derechos y prerrogativas inherentes á todo pueblo culto y civilizado.

Para realizar esa laudable transformación que ha venido á operar un cambio notable en nuestro modo de ser económico, político y social, ha sido necesario emprender una lucha gigantesca,

terrible, por tratarse de un enemigo á quien amparaban los fueros de que disfrutaba, el poder *sobrenatural* de que aun se dice investido, y la obediencia absoluta que había sabido imponer entre la muchedumbre que vivía en la desgracia, aletargada por el fanatismo, y víctima inocente de la ambición y avaricia sórdida de quienes ejercían sin piedad y sin conciencia su tenebrosa y fatídica dominación.

Amplio y hermoso como es el asunto en que vamos á ocuparnos, tenemos, aunque con pena, que circunscribirlo á un relato conciso de esos tan trascendentales acontecimientos; y al acometer tan difícil empresa, para cuyo buen éxito y completo desarrollo nos juzgamos incompetentes por nuestra inutilidad é ignorancia, no nos guía otro deseo ni nos alienta más propósito que el de dar á conocer á nuestros compatriotas algo de tanto bueno que en defensa de la Reforma, de la Libertad é Independencia hicieron los pueblos de nuestra querida patria, tan sufridos como valientes, dirigidos por ilustres y denodados caudillos; pero antes de dar principio á nuestro trabajo, creemos de necesidad entrar en una serie de reflexiones que sirvan como de prólogo á esta nuestra humilde narración.

Empecemos.

II

Para nadie que se precie de sensato y conozca nuestra historia, deberá ser un misterio el estado de abyección y servilismo en que se vió sumida la Nación mexicana, durante los trescientos años que pesó sobre ella la funesta dominación española.

Los horrores de la Conquista, fruto de la barbarie de una época de triste recordación, acabaron cuanto existía en México en materia de hábitos, costumbres, riquezas, cultura y religión, quedando como único sobreviviente de tan horrible catástrofe, una raza degenerada, embrutecida por el despotismo, presa de la mi-

seria y dispuesta á obedecer ciegamente los caprichos de su nuevo y arrogante dueño.....

El Conquistador dedicóse, después de su victoria, á la ocupación brutal del vasto territorio que la audacia y la fortuna habían puesto en sus manos; y dió principio á su criminal empresa de explotación y rapiña, con la implantación de un régimen tiránico que, aunque condenado por la moral, le aseguraba pingües resultados para saciar la sed de oro que como único incentivo lo trajera á estas lejanas pero bellísimas tierras.

Un enjambre de frailes y clérigos se destacó sobre el Nuevo-Mundo, trayendo á cuestas, con rarísimas y honrosas excepciones, no los tesoros de una religión de amor y caridad, sino el rico arsenal de preocupaciones é ignorancia, que era su único y malhadado patrimonio, y que presto había de convertirse en látigo y cadenas para esclavizar á un pueblo inofensivo, víctima de la desgracia y á quien se le negaba hasta el don de la racionalidad.

La historia de México en esta época ofrece un cuadro lúgubre y sombrío, que no es bastante á hacer olvidar ni la santidad evangélica de un Las Casas, ni la abnegación y celo apostólico de aquellos doce misioneros, los primeros, puede decirse, que aportaron á nuestras playas, entre los que descuellan los padres De Gante, Motolinía y Valencia: su influencia benéfica se hizo sentir notablemente en el país, y con especialidad entre los indígenas, á quienes ayudaron en sus desgracias, defendiéndolos de sus verdugos y asociándose de todo corazón á sus infortunios y padecimientos.

Pero salvo esa excepción en que á fuer de imparciales nos complacemos en apuntar, ¿qué hizo el clero, ó más bien, qué ha hecho en un país de que ha sacado tantos productos para sostener su lujo, y su soberbia y su fatal dominación.....?

Durante el Gobierno de la Colonia se alió al poderoso elemento español, cuya autoridad é influencia eran decisivas: director de las conciencias y en posesión de la juventud á quien educaba en las máximas de una religión de exclusivismo é intolerancia,

y sin otra mira que la abominable tendencia á los intereses meramente terrenales, el ascendiente que llegó á tener en México fué casi omnipotente, y su orgullo y su audacia sin igual, de lo cual pueden dar una idea estos dos hechos: el motín promovido en la Capital el año 1624 por el Arzobispo Don Juan Pérez de la Serna contra el Virrey Marqués de Gelvez, que causó la destitución de éste, y la polémica enojosa que sostuvo contra los jesuitas el Obispo Don Juan de Palafox y Mendoza, polémica que degeneró en escándalo, así por las *armas* que se esgrimieron como por los demás recursos á que apelaron las partes contendientes.

Contaba además, según se asienta en una obra notable,¹ “con los diezmos, las claverías de las iglesias, y lo que valía más aún, con las llaves del reino de los cielos: jamás una liga más formidable pudo formarse contra la causa de un pueblo; y fué ella tan poderosa que subsistió aún después de hecha la Independencia, atravesando imperturbable hasta 1833 una serie de veintidos años en que todo lo demás se desnaturalizó, cambió ó recibió al menos nueva forma. Fué un Coloso de Rhodas bajo el que todo pasó, permaneciendo él inmutable; sólo el tiempo podía encargarse de destruirlo.”

Otro escritor de fama, al hablar del influjo eclesiástico y de la situación moral de esta clase privilegiada, se expresa así:

“La fuerza de hábitos creados por tres centurias, será un obstáculo todavía para que en medio siglo las luces y la filosofía hayan de triunfar de ese coloso, después de una lucha terrible y obstinada; las personas de los obispos en aquellos países eran sin hipérbole tan reverenciadas como la del gran Lama entre los tártaros: á su salida á la calle se arrodillaban las gentes y bajaban la cabeza para recibir su bendición.”²

Y si en lo moral y político su presencia ha sido una rémora

1 México á través de los siglos, tomo 4º, pág. 316.

2 Zavala, Ensayo histórico de las revoluciones de México, tomo 1º, Introducción, págs. 16 y 17.

para la consolidación del orden y la paz pública, y un grande obstáculo para el advenimiento de la “Libertad” y el “Progreso,” en lo económico no ha sido menos pernicioso su influjo.

El clero tenía acumulada una gran suma de riqueza substraída al movimiento de la civilización, pues según noticias de fuente auténtica y de indiscutible veracidad, en 1809 los diezmos de seis obispados importaban dos millones doscientos cincuenta mil pesos que se repartían entre opulentos prelados, y cosa de ciento treinta canónigos: había arzobispos y obispos cuyas rentas sobrepasaban de cien mil pesos anuales, pudiéndose valorizar el producto total de esas rentas que reunía, en la enorme cantidad de cincuenta millones de pesos.

Durante la guerra de Insurrección, ó sea del heroico alzamiento del pueblo mexicano contra la dominación española, el *alto clero*, como es público y notorio, siempre estuvo del lado del opresor, de lo cual puede ser una prueba, entre otras, el Obispo Bergoza y Jordán en Oaxaca, el cual, cabalgando en una mula se dió en espectáculo en su capital, predicando una cruzada en contra de la patria: la Inquisición, el púlpito y el confesionario, armas terribles del fanatismo, estuvieron funcionando omnímodamente para ahogar desde su cuna una gran revolución que traía escrito en su bandera el sacrosanto nombre de *Independencia*: los insurgentes fueron escarnecidos y vilipendiados, declarados herejes y judaizantes, y las excomuniones y anatemas fueron el pasto diario que se servía á una sociedad presa del terror, y víctima de ese furor satánico de que hacían alarde los ministros de una religión que debiendo ser de paz y consuelo, según las intenciones y propósitos de su divino fundador, se convirtió en fuente de calamidad y desgracias, que el país presenció lleno de asombro y estupor.

“En ese glorioso movimiento nacional, dice un escritor distinguido,¹ el clero se dividió: el alto, el rico, el que disfrutaba de los más pingües beneficios en las grandes ciudades y administraba

1 Altamirano.—Prólogo al Romancero Nacional, por Guillermo Prieto.

los cuantiosos bienes de los conventos de regulares, se declaró desde los primeros días contra la Independencia y fulminó toda clase de anatemas sobre los insurgentes, predicó contra ellos en todos los púlpitos, puso sus tesoros á disposición de los realistas, y no pocos de sus miembros empuñaron en una mano el Crucifijo y en la otra la espada para pelear con los que apellidaban herejes, enemigos del rey y de la religión.

“Lo que se llamaba el clero bajo, los curas de los pueblos, del campo y de la montaña, los frailes de algunos conventos humildes, simpatizaron con el movimiento de Independencia; y los primeros y más ilustres caudillos de él, los que deben llamarse verdaderamente *Padres de la patria*, porque iniciaron la guerra y la sostuvieron, como Hidalgo y Morelos, salieron precisamente del seno de ese clero pobre, testigo inmediato de las miserias del pueblo.”

Verificada la Independencia, la conducta del clero siguió siendo la misma: hé aquí cómo la describe un distinguido escritor en la obra que tenemos citada.

“Libre el clero de aquella dependencia en que estuvo en tiempo del Gobierno español, tan celoso de sus derechos de patrono, derechos que se resistió á reconocer en los gobiernos independientes, y de los cuales hemos visto despojarse á Bustamante al autorizar la ley de provisión de canongías, el repetido clero únicamente consiguió evidenciar que su poderío así crecido era un estorbo, no sólo para el progreso sino también para la marcha regular y ordenada de su patria.

“Acumulada en él la riqueza general, estancada en sus manos la propiedad, paralizadas la industria y la agricultura por la disminución sensible en los productos necesarios á su fomento, originada por la colecta de diezmos, su opulencia considerable aún, contrastaba con las escaseces del erario público, y más de una vez movió á las autoridades de la nación á tocar, aunque con grande timidez, las rentas eclesiásticas é intentar en ellas algunas innovaciones, fundadas en los derechos ya alegados por las

Cortes españolas para nacionalizar los bienes de monacales, y por los reyes de la antigua metrópoli para incautarse de los jesuitas y congregaciones extinguidas.

“Nacieron de aquí multiplicados conflictos entre los prelados y Cabildos de diferentes Diócesis é Iglesias y los gobiernos de los Estados que, en uso de la independencia de que gozaban en su régimen interior, en virtud del sistema federal, dictaron alguna disposición que de algún modo venía á menoscabar, á juicio del clero, sus fueros y privilegios: aquellos conflictos, resueltos por el Congreso y Ejecutivo cuantas veces se presentaron, en perjuicio y con desaire de la autoridad civil, fomentaron la pasión, el odio y el deseo de venganza contra un clero, que si en sus primeras épocas había sido digno de la santificación, tiempo hacía que relajado por sus vicios, desacreditado por su ignorancia, escaso en varones ejemplares, y aun reducido en número de individuos, no inspiraba ni respeto ni consideración á las masas que él fué el primero en lanzar á las contiendas políticas, y que habiendo gustado la libertad, se resistían á volver á la servidumbre, cualesquiera que fuesen los títulos del señor.”¹

Otro escritor nada sospechoso para la clerecía, pues que fué su decidido campeón, su filósofo, su historiador y hasta su poeta, y que no es otro que el celeberrimo D. Lucas Alamán, el despreciable detractor de los héroes de la Independencia, se expresa en los siguientes términos al hablar del clero.

Oigámosle:

“Grande fué el influjo del clero por el triple resorte del respeto á la religión, del recuerdo de grandes beneficios y por sus cuantiosas riquezas. El pueblo, poco instruído en el fondo de la religión, hacía consistir ésta en gran parte, en la pompa del culto, y careciendo de otras diversiones, se las proporcionaban las funciones religiosas en las que, especialmente en la Semana Santa, se representaban en multiplicadas procesiones, los misterios más venerables de la Redención.

¹ México á Través de los Siglos.—Tomo IV, página 306.